



LA MUERTE

FORMACIÓN

HUMANA



1. INTRODUCCIÓN

El matrimonio responsable de preparar el tema hace una breve introducción al mismo.

2. ORACIÓN

Comenzamos invocando al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V./ Envía tu Espíritu y todo será creado.

R./ Y repuebla la faz de la tierra.

Oremos: Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo; haznos dóciles a sus inspiraciones, para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

Lectura del Evangelio Jn 14,23

3. IDEARIO

Leer un párrafo, elegido por el matrimonio encargado de preparar el tema. O bien comenzar desde el principio del Ideario.

“No se ama lo que no se conoce”

4. LA MUERTE

La cuestión

El binomio vida-muerte es inseparable. Ambas realidades están tan íntimamente imbricadas que no existe una sin la otra. En un organismo vivo complejo (como nuestro cuerpo) hay una constante transmutación de muerte a vida y de vida a muerte: se sabe que, en un individuo humano adulto, cada segundo hay dos mil quinientos millones de células que se reproducen y que están unidas a otras tantas que mueren y a las que substituyen. Esto que se da a escala celular es perfectamente transportable al ámbito individual de la especie que sea. En todas hay un constante intercambio de los más envejecidos por parte de generaciones jóvenes, y eso proporciona una dinámica de constante renovación. Por tanto, cuando hablamos de vida biológica, inexorablemente también hablamos de muerte.

A pesar de saber todo esto, en nuestro día a día, ¿cómo nos relacionamos con la muerte? Aunque sea una realidad incuestionable, ¿la sabemos compañera de camino? Somos muy conscientes de que la respuesta a ambas preguntas es una negación: intentamos relacionarnos lo menos posible con la muerte y hacemos lo máximo posible para alejarla de nuestro horizonte.

¿Cuáles podrían ser las causas?

Pérdida de relación con la muerte

En realidad, en nuestros días, tenemos poco contacto con la muerte si lo comparamos con otros momentos históricos. El índice de mortalidad ha caído drásticamente: cuando a principios del siglo XX, en España, la tasa de mortalidad llegaba a ser de 50 defunciones por cada 1000 habitantes al año, a partir del año 1950 esta se sitúa por debajo de las 20. En el año 2013, en Cataluña, la tasa de mortalidad era de 8.07 defunciones por cada 1000 habitantes y año y, además, la mayoría de muertes ocurrían por encima de los 80 años. De igual modo las enfermedades las controlamos mejor y es muy extraño encontrar afecciones agudas que conlleven largas convalecencias y que obliguen a prolongados períodos de reclusión domiciliaria, cosa que no era extraña no hace tanto tiempo.

Por otro lado, en nuestro medio y ahora mismo, hay un culto desmesurado a la juventud y al cuerpo, llevado al límite. El respeto a los ancianos y a lo que representan ha perdido interés. Ahora, lo que nos mueve, es lo que es novedoso y caduco, teniendo en cuenta que esta segunda característica le da un mayor atractivo, porque nos obliga a buscar, siempre, una ultra novedad y así hasta el agotamiento.

La mayoría de los enfermos ya no se atienden en el propio domicilio. Volviendo atrás en el tiempo, el lugar privilegiado donde se cuidaba al enfermo era en el ambiente familiar. Todos los procesos que acompañaban la enfermedad eran vividos en primera persona por los familiares directos, grandes y pequeños; tanto en la fase aguda con toda la efervescencia de los síntomas como en la etapa convaleciente de atención constante (podía durar meses) que permitía grados de serenidad y de confidencias compartidas. Lo mismo pasaba con las enfermedades incurables. Y la muerte llegaba en familia, con la normalidad de lo cotidiano, aunque eso no quitaba el dolor de la ausencia, quizás incluso incrementado por la proximidad.

Con las prácticas más extendidas de la incineración de los cadáveres vamos perdiendo los cementerios: aquél espacio físico donde se retiene la memoria del difunto, donde se acude todavía hoy para realizar los pequeños homenajes del recuerdo y manifestar así el duelo.

La negación de la muerte

El rechazo de la muerte y la consecuencia de no querer hablar de ella nos pueden llevar a aislar a los enfermos, sobre todo a los terminales. Es “la conjura del silencio”: no se afronta la cuestión de la muerte ante el enfermo moribundo y cuando lo reclama hacemos conductas de negación. De este modo relegamos a la persona moribunda a la soledad más profunda en unos momentos trascendentales y únicos de nuestra existencia. La urgencia de la reconciliación, tanto con uno mismo como

con las personas más próximas, se describe como una necesidad perentoria del ser humano, sobre todo cuando tiene consciencia de que se acerca su final. Tenemos que ser conscientes de que cuando provocamos el bloqueo, evitando hablar de la muerte con el moribundo, este golpea en dos direcciones y el sentido de insatisfacción se puede hacer patente en las personas que sobrevivirán.

En otro orden de cosas y tal como hemos entredicho anteriormente, los avances médicos en los últimos años son innegables, con un aumento considerable, no sólo de la esperanza de vida, sino también de su calidad. Sabemos bastante sobre los procesos de envejecimiento celular y algunos científicos prevén el horizonte de que, además de conocerlos, se podría controlar. En estas circunstancias se pronostican vidas humanas que podrían durar 500 años e incluso conseguir que la muerte no se produjera (excepto la traumática). ¿Aquí se acaba el conocimiento que tenemos de la muerte y hacemos bien al relegarla al olvido?

La muerte como impulsora de vida, escuela de paridad y obertura a la trascendencia

La muerte da una intensidad, dirección y propósito a nuestra vida. Vivir conlleva decidir, con repercusiones importantes sobre uno mismo y el entorno, y el factor tiempo es determinante. La muerte pone en marcha el cronómetro de la vida. Sin esta prisa esencial, dejaríamos de disfrutar de deseos, la calma se instalaría en nuestra casa hasta caer en la parálisis y no sabríamos qué es la implicación. Nos daría igual por donde fuera el curso de los acontecimientos y la vida pasaría amorfa, conformada de narcisismo y hedonismo (que tampoco es felicidad).

¿Cómo se pondría en marcha el motor de la historia para hacer realidad el deseo de la humanidad más humana?

La muerte nos iguala y rompe la asimetría social existente. El deseo ancestral de los humanos de disfrutar de una completa y eficaz igualdad de oportunidades en todos los aspectos de la vida aún no se ha cumplido y siendo fieles a la verdad deberíamos decir que estamos muy lejos de conseguirlo. Pero el rasero que impone la muerte es implacable y consternador. No hay réplica.

La muerte nos abre al misterio de la trascendencia. En ninguna de las civilizaciones conocidas, el proceso de morir deja indiferente y ha sido el origen de todas las preguntas más profundas sobre el sentido de la vida y el destino humano. Actualmente también. Porque, ¿qué significado tendría el hecho de preguntarnos por el más allá, si esta vida no tuviese fin?

Iniciarse en la trascendencia transportó a la humanidad a otra dimensión de ámbitos increíbles e infinitos. Pudo emerger de la cotidianidad más básica para entrar en contacto con el absoluto y reflejarse en él. También le permitió contemplarse a sí misma y proyectar voluntades de transformación. El ser humano en toda su complejidad no habría sido posible sin este viaje a las realidades sublimes que lo ultrapasaran. Así es: la proyección

metafísica de la persona humana se fundamenta en esa cata de lo inconmensurable, ya que la biología “per se” no da respuestas a vivencias profundas que nos atan al Principio Inmutable que suponemos que es el origen de todo lo que existe. Por otro lado, el cristianismo dignifica la vida humana porque la concibe como una prolongación de la divinidad y también porque, en la muerte, hay el paso definitivo hacia una existencia plena y sin fin.

Por tanto, no es ser fiel a la verdad considerar a la muerte como el enemigo a batir, sino más bien como una aliada que nos dignifica y ennoblece. San Francisco de Asís la recibió cantando y la llamó hermana. En realidad, la muerte nos reta y extrae lo mejor de nosotros. Nos brinda el propio proyecto vital, individual, intransferible y nos propone llevarlo a cabo en nuestro hoy preciso e inevitable para convertirlo en transformador y prolífico.

La actitud ante la muerte

Nuestra disposición ante la muerte no sólo debería ser hablar de ella y no rehuirla, sino encararla directamente y ser capaces de establecer diálogo. La toma de decisiones y los actos realizados bajo esta perspectiva tienen una fuerza engendradora definitiva. Bajo el paraguas de la muerte se disipan la indecisión y la timidez. Al final de la vida cuando nos preguntaremos cada uno de nosotros, con la sinceridad de lo definitivo, qué ha sido nuestra vida, querremos respuestas consistentes y entonces quizás habremos llegado tarde. Por tanto, este diálogo con nosotros mismos lo deberíamos tener mientras estamos a tiempo de decidir.

Punto de reflexión: Proponemos imaginar una situación concreta de nuestra vida y enfocarla. Valorar cómo la resolveríamos de forma irreflexiva y cómo lo haríamos bajo la perspectiva de final, de oportunidad irrepetible. Aconsejamos la lectura de la Parábola de las diez mujeres del Evangelio de Mateo (25, 1-13).

Bibliografía

- DE HENNEZEL, MARIE: La mort íntima. Viena Helios. 2005.
- DE LA TORRE, JAVIER: Pensar y sentir la muerte. San Pablo. 2012 Universidad Pontificia de Comillas.
- TORRALBA, FRANCESC: Planta cara a la mort. Ara llibres, novembre 2008, Badalona.

Delegación Diocesana de Pastoral Familiar. – Diputación 231 – 08007 Barcelona. E-mail: problematicaviva@pastoralfamiliarbcn.cat Web: www.pastoralfamiliarbcn.cat Depósito Legal: B-46.502- 2005

5. PUESTA EN COMÚN Y DIÁLOGO

- 1.- ¿Cómo te gustaría morir?
- 2.- ¿Tienes experiencia de haber vivido la muerte de personas próximas a ti?
- 3.- La muerte ayuda a dar sentido a la vida. ¿Cómo podrías incorporar la muerte en tu vida?

Notas:

7. FECHA PROXÍMA REUNIÓN Y LUGAR DE CELEBRACIÓN

Notas:

6. FINALIZAMOS LA REUNIÓN

1. Oración a M^a Auxiliadora

Ave María.

María Auxiliadora de los Cristianos. Ruega por nosotros.